

LORIANO MACCHIAVELLI (Vergato, 1934) viene desarrollando desde hace cuatro décadas una intensa actividad en tanto creador y difusor del género *giallo* italiano. Prueba de ello son el medio centenar de interesantes títulos, entre novelas y colecciones de cuentos, que tiene en su haber, así como su participación, desde mediados de los sesenta, en diferentes iniciativas que han permitido que hoy en día pueda hablarse con propiedad de una verdadera novela negra italiana.

Usualmente incluido en el llamado *Gruppo di Bologna* junto a autores como Danila Comastri o Carlo Lucarelli, e impulsor del conocido *Mystfest*, el Festival Internazionale del Giallo e del Mistero que se celebra anualmente en Cattolica, se deben a él la impresionante saga protagonizada por el policía Sarti Antonio y la media docena de novelas escritas a cuatro manos con el cantante Francesco Guccini, como la excelente *Macaroni, romanzo di santi e delinquenti* (Mondadori, 1997) o la más reciente *Malastagione* (Mondadori, 2011).

Nombrar algunos de sus títulos más significativos, como *Funerale dopo Ustica* (Rizzoli, 1989), escrito bajo seudónimo, o *Strage* (Rizzoli, 1990), puede dar además indicio de su deseo de no rehuir los aspectos más conflictivos tanto de la historia italiana como de aquellos que afectan directamente a la ciudad de Bolonia, lugar de misterio y crimen recurrente en sus novelas.

El relato breve *Sodio Azide* se publicó en la curiosa antología preparada por Marcello Fois para la colección Millelire de Stampa Alternativa bajo el título *Giallo, Nero & Mistero* (Stampa Alternativa, Viterbo, 1994).

AZIDA DE SODIO

Los venenos son fascinantes. El mito policiaco nació con los venenos más misteriosos y terribles. Algún autor incluso ha inventado venenos inexistentes para dar más sabor a sus relatos. Hoy no es necesario: hay para todos los gustos. Como aquel que mató a los cuatro pacientes del hospital. Azida de sodio. Sé de qué se trata, cualquiera puede obtenerlo con facilidad. Por ejemplo, de la sosa cáustica que en grandes cantidades contienen los detergentes comunes. Basta con leer el envase.

Pero eso es otro asunto.

Los análisis han establecido, sin lugar a dudas, que los cuatro pacientes que mencionaba fueron envenenados con azida de sodio.

En el hospital, por así llamarlo.

Según la reconstrucción de las autoridades competentes, un enfermero suministró a los cuatro futuros cadáveres los prescritos quince gramos de sulfato de magnesio...

Para que todos lo entiendan, el sulfato de magnesio no es más que la vulgar sal inglesa.

Un enfermero suministró los prescritos quince gramos de sulfato de magnesio y los cuatro se fueron sin tan siquiera despedirse de sus familiares.

A la mañana siguiente, si no hubieran fallecido antes de tiempo, hubieran pasado por rayos X y, en estos casos, la administración de una purga es normal, sirve para limpiar el intestino de residuos que podrían engañar a los rayos.

Quince gramos de sal inglesa en el vaso puesto sobre la mesita de los cuatro desgraciados. Los cuales añadieron agua, la mezclaron con una cucharilla y bebieron.

Resultado de la purga: muerte por envenenamiento.

¡Si en los hospitales estuviese todavía en uso el tradicional enema! No tengo conocimiento de que haya muerto alguien envenenado por un enema; es una intervención natural, económica, radical y, sobre todo, menos peligrosa que cualquier purga. Como demuestra este caso.

Pero todo ha ido como ha ido y los cuatro están muertos.

Está bien, no ha sido una gran pérdida. Uno de los cuatro había cumplido los noventa y dos y no habría durado mucho más. Dos sufrían asma y tenían los días contados. El último había tenido un infarto y se habría ido igualmente de allí cualquier día.

No es una justificación, lo entiendo, y se trata en todo caso de un homicidio.

Según los investigadores oficiales, que no tienen mucha fantasía, la mano asesina abrió el frasco

de la sal inglesa antes de que el enfermero la vertiera en el vaso, y le añadió una cierta cantidad de azida de sodio.

¿Quién fue? Un experto, sostienen los investigadores oficiales. Un experto que sabía cómo la azida de sodio al combinarse con la sal inglesa se convierte en un veneno mortal.

Un químico, sostienen los susodichos investigadores. O un enfermero o un médico.

Un paciente cualquiera que se la tenía jurada a los cuatro, sostenía otro. Quizá los cuatro le tocaban las pelotas porque le robaban su orinal.

Tras la reforma sanitaria, tan deseada por el ministro de Sanidad, peor de cómo nos iba no nos podía ir. Evidentemente por problemas suyos -ahora sabemos cuáles- y no nuestros.

Tras la reforma sanitaria puede suceder de todo. Incluso que un orinal deba servir para todo un pasillo o una planta entera. Pero este no es el problema.

Mi teoría sobre las muertes es que “alguno” o “alguna”...

No hay motivo para que la primera hipótesis siempre recaiga sobre un hombre.

Mi teoría sobre las muertes es que “alguno” o “alguna” ha querido deshacerse solo de uno de los cuatro, pero que un tal o una tal mate a cuatro para estar seguro o segura de deshacerse de uno, me parece deshonesto. Y reprochable.

El veneno, como enseña la tradición, debe usarse con la clase y la pericia que merece.

La historia de los cuatro pacientes muertos en los pasillos del hospital me interesa, e intento entenderla algo más.

En la planta 2 del hospital no hay más enfermos. Todos han muerto a causa de una purga.

Nada de terrorismo: quizá las autoridades competentes hayan hecho despejar la planta esperando esclarecer el misterio. Y pueden pasar años así.

Encuentro solo a la jefa de enfermeras encerrada en su cubículo, organizando carpetas clínicas y respondiendo al teléfono.

-¿Usted qué sabe de todo esto?

-¿Y usted quién es?

Bien, ¿qué le respondo? ¿Que me interesan los misterios ligados al mal uso de los venenos?

-Soy de la policía, -si se lo cree... -y bien, ¿usted qué sabe?

Se fía de mi palabra. Tengo aspecto de policía. No es agradable y no me enorgullece.

-Sé lo que ya les he referido a sus colegas. Más o menos lo que saben los demás.

“Más o menos”. Me parece una buena respuesta. También el asesino sabe “más o menos” cómo han ido las cosas.

-¿Y qué quiere decir con eso?

-Que, como cada día, he preparado el carrito de las medicinas, he comprobado que hubiese lo necesario: ampollas, jeringas, píldoras, sales inglesas... Después he enviado al enfermero de turno a hacer la habitual ronda por los pasillos.

-¿Es posible que la azida de sodio no haya sido vertido en el frasco de la sal inglesa, como sostienen mis colegas, sino directamente en los vasos de los pacientes?

Mi pregunta es idiota por al menos dos motivos: el primero es que la hipótesis no corresponde a mi suposición; el segundo es que habría sido demasiado arriesgado para el asesino hacer la ronda de los cuatro vasos y verter la azida de sodio en cada uno.

Un policía que se precie debe hacer preguntas idiotas.

-Imposible. Yo misma acababa de sacar los vasos del lavavajillas y los había puesto en el carrito para los pacientes que necesitaban purgarse. Limpios y todavía calientes.

¿Limpios y todavía calientes los vasos o los pacientes?

La enfermera jefe no me da la oportunidad de aclarar la situación.

-Imposible, porque nadie habría tenido tiempo de verter el veneno en los vasos. Y, además, se habrían dado cuenta tanto los enfermos como el enfermero de ese turno.

La expresión de mi cara debe reflejar sospecha, ya que la enfermera jefe me mira con odio y se ve en el deber de añadir:

-Si piensa que lo he podido hacer yo, usted está loco y se equivoca de cabo a rabo. Que sepa que yo tengo un testigo. El técnico del lavavajillas estaba presente cuando he sacado de la máquina los vasos lavados. Y ha visto que no he vertido nada dentro y que los he puesto rápidamente en el carrito

a disposición del enfermero.

-¿Y cómo es que la planta está vacía?

-Los enfermos han hecho las maletas y se han ido a casa. Tienen miedo del monstruo que envenena pacientes.

Entonces, no debían estar tan enfermos.

-¿Qué me dice del enfermero que ha echado la sal inglesa?

-Oh, es un buen chico. Nunca ha causado problemas. Y además, ¿por qué razón? No, no. Un buen chico.

Casi todos los asesinos, antes de serlo, son buenos chicos. O buenas chicas. Pero no es cuestión de preguntar a la enfermera jefe si ella se considera o no una buena chica. Lo cierto es que había tenido todo el tiempo para verter el ácido en el frasco de la sal inglesa. Y sin levantar sospechas.

También a mí el enfermero me parece un buen chico.

Está desesperado por lo ocurrido:

-¡Para volverse loco! ¿Pero cree usted que durante la ronda yo me dedico a matar pacientes? Mi trabajo es curarlos.

En teoría tiene razón.

-Y entonces, ¿cómo lo explicas?

-¿Que cómo lo explico? Habrá sido un loco que quería provocar una masacre. Ha debido aprovechar el momento en el que he entrado en una habitación y he dejado el carrito sin vigilancia en el pasillo.

-¿Es posible que nadie lo haya visto mientras vertía la azida de sodio en el frasco?

-¿Qué se yo? Es solo una hipótesis. Para que nos entendamos: los enfermos estaban todos en sus habitaciones esperando a que les llevara las medicinas o el termómetro; y los otros enfermeros habían ido a tomar té o café. Suele ocurrir, ¿no? A veces pasa que los pasillos se quedan desiertos durante algunos minutos.

Si no lo sabe él...

-¿Quién sabía que a los cuatro se les suministraría la sal inglesa?

-¿Quién lo sabía? El médico que lo había ordenado y la enfermera jefe. Y lo sabían también los enfermos, naturalmente.

-Naturalmente. Y lo sabías tú también.

-Oh, pero, ¿insiste? Yo lo he sabido solo cuando he leído la ficha que estaba en el carrito.

Lo sabía solo el médico, la jefa de enfermeras, el enfermero y cualquiera que al pasar por el pasillo hubiese leído la ficha que había en el carrito. Pero para aparecer en el pasillo, este "cualquiera" debería haber pasado antes por la recepción. Y en un horario en el que las visitas están prohibidas.

Como muchos conserjes de hospital, este es irritante y maleducado.

-Según usted, ¿qué pinto yo aquí si dejo pasar a cualquiera cuando no se admiten visitas? Hay unos horarios que deben ser respetados, querido amigo. Fuera de estos horarios está prohibido. Prohibido incluso al Presidente de la República. Yo soy el responsable.

Realmente me gustaría ver al Presidente de la República presentándose aquí, en este hospital. Solo lo haría si hospitalizaran a los heridos de otra masacre. Ocasión especial para visitar a los enfermos y darle brillo a sus insignias.

-Por lo que a mí respecta, en los hospitales también está prohibido fumar, querido amigo, pero por lo que veo, aquellos no respetan la prohibición.

-"Aquellos", como usted los llama, son los señores doctores. No pretenderá que estén un día entero a disposición de los pacientes sin fumar ni tan siquiera un cigarrillo, ¿no?

¿Pretender yo? ¡Faltaría más! Pero "aquellos" fuman incluso en pipa, no solo "un cigarrillo".

-Según usted, lo cierto es que nadie entró mientras el enfermero distribuía la sal inglesa... ¿Y un poco antes?

No me responde siquiera. Esto ya lo ha confirmado con mis "colegas" y él es un tipo que no repite las cosas.

Vuelve al periódico, pero yo sé que alguien entró y que él no lo vio. Quizá no estaba en su puesto. Hay que aclararlo. Y quizá sea la cuestión más importante de la investigación.

La enfermera jefe está siempre encerrada en su cubículo de la planta 2. ¿Haciendo qué, si no hay enfermos? Aislada como castigo, creo yo.

Me ve pasear por el pasillo y me ignora.

La pequeña cocina de la planta 2 está dotada de los más modernos instrumentos clínicos, desde el fogón para el café hasta la nevera para mantener fresco el vodka. Y está en tal estado que si la cocina de mi casa estuviera así, comenzaría a preocuparme y a buscar una empleada doméstica. En el caso de que yo pudiera permitirme una asistenta.

Sobre la pila hay platos y sartenes sucias; la cafetera está llena de café frío hasta la mitad al menos desde hace seis días; el lavavajillas tiene la puerta abierta de par en par y el indicador de lavado está parado en la fase de enjuague; la superficie de la mesa está cubierta por una capa de azúcar; el reloj clavado en la pared está parado en las seis y media de a saber qué día...

O el personal paramédico ha desalojado la sala más bien corriendo, o es el resultado del registro llevado a cabo por la científica. Suele ocurrir cuando se te mete la policía en casa.

Entre el abandono de la planta 2 y el desorden de la cocina, me da la impresión de que tal y como están las cosas, la idea del loco envenenador ha dado buenos resultados, al menos en lo que respecta a la presencia de los pacientes.

Una sugerencia para el Señor Ministro, quien podría así sanear los presupuestos que tanto le preocupan. Los presupuestos de su familia, naturalmente, como demuestran las recientes investigaciones.

Al lado del lavavajillas una placa lleva el nombre, la dirección y el teléfono del técnico al que hay que llamar en caso de avería. Estoy trasteando en la cocina, en mitad de aquel desastre, cuando la enfermera jefe se deja ver por la puerta. Mira a su alrededor, arruga la nariz y agita la cabeza.

-Sí, -digo- un buen desastre.

-Pondremos todo en orden en cuanto... en cuanto esta historia haya terminado.

Hago un gesto con la mano derecha extendida para indicar el desastre del que acabo de hablar: reloj parado, platos por lavar... y de nuevo, el lavavajillas roto.

-¿Quién lo dice? Simplemente nadie lo ha usado después de... después de los incidentes. -Los llama incidentes. Hay quien habla de homicidios premeditados. -Por norma, el técnico pasa a inspeccionarlo cada semana. Incluso ahora que la planta está cerrada.

-¡Vaya! ¡El técnico! Según la enfermera jefe, el día de los "incidentes" dicho técnico se encontraba en la cocina de la planta 2. Lo que significa que alguien pasó por delante del portero y que el portero no lo vio.

Detrás del mostrador y encerrado en su garita, el portero continúa defendiendo la tranquilidad de una planta hospitalaria completamente vacía. Dentro de un par de años la administración se dará cuenta de la inutilidad de la vigilancia y encontrará un nuevo destino para el empleado. Mientras tanto, este lee el periódico.

-¿Usted conoce al técnico que repara los electrodomésticos del hospital?

-¿Y quién no lo conoce? Un prepotente que responde mal a todos. Un maleducado. Mejor no tener nada que ver con él.

-¿Cuándo ha sido la última vez que se ha presentado?

-Yo con ese no hablo desde hace la tira.

-Entendido, pero si entra, ¿usted lo ve?

-Vaya pregunta. Claro que lo veo. No estoy ciego en absoluto.

-¿Por casualidad no lo vio entrar el día de los envenenamientos?

-Imposible. Imposible. De la manera más tajante. Hace al menos quince días que no pone un pie aquí dentro.

-¿Y si hubiera accedido por otro ingreso?

Al portero esto no le sienta bien. Se coloca las gafas sobre la nariz y farfulla:

-Este es sordo o me toma el pelo.

Me mira como se mira a un gilipollas. Por encima de las gafas. Levanta el tono, casi grita:

-Cualquiera que entre en la planta debe pasar por aquí. Por delante del que suscribe. ¿Queda claro?

Y no tiene más que añadir. Corre el cristal que lo aísla del resto del mundo y vuelve al periódico.

A mí me queda claro.

Es un chaval guapo, sobre los treinta. Alto, esbelto, pelo oscuro y ojos azules. Se podría tomar por un actor de cine que ha ganado la gala de las reparaciones de electrodomésticos, un premio otorgado por la administración hospitalaria.

Y en absoluto maleducado, me saluda incluso con una sonrisa de oreja a oreja y con un “buenos días, señor. ¿Qué puedo hacer por usted?” que no veía ni escuchaba desde hacía años.

Siempre que veo a cualquier técnico reparador me entra la sensación de llevar allí demasiado y de que me habría hecho un favor quedándome en casa.

Aprovecho la cortesía y le devuelvo la sonrisa y el saludo.

-Hola chaval, ¿cómo estás?

-Yo bien. Dígame.

-Me explico rápido. ¿Está en tu contrato que debes verificar los electrodomésticos del hospital cada semana?

Se queda parado porque no se esperaba un interrogatorio, sino un cliente. Traga un poco de saliva, se coloca mejor sobre el taburete de detrás del mostrador y no pregunta ni tan siquiera quién soy. Cuestión de aspecto. Yo lo tengo de policía.

Inspeccionar.

-No, no está estipulado. Se me requiere en el momento de una avería eventual, pero mi profesionalidad, al tratarse de un hospital, me impone...

-Por cuanto sé, tu profesionalidad te impone hacer la inspección solo de los electrodomésticos de la planta 2. ¿Y los electrodomésticos de las otras plantas?

Nunca se ha planteado la cuestión y está sorprendido de que me la plantee yo. Piensa en ello y sus bonitos ojos se cierran con una sonrisa maliciosa. Ha encontrado la vía de escape y me la indica.

-A decir verdad, en la planta 2 está Claudia, que me espera cada semana. Es enfermera, está casada y es hermosa como un sueño, delicada como un ángel. Tiene largos cabellos rubios y grandes ojos soñadores; y tiene un marido que la controla siempre excepto cuando sale de casa para ir al hospital.

Un ángel.

Supongo que el ángel será Claudia, no el marido.

-Un ángel. Si usted la viera...

-Te creo.

He conocido otros sueños delicados como los ángeles y cuando me he despertado... pero son problemas míos y no me apetece quitarle la ilusión al actor que repara frigoríficos.

-La última vez que le hiciste la inspección a Claudia fue el día que envenenaron a los cuatro pacientes. Elegiste un mal momento para la reparación.

-Para nada puedo yo escoger el día y la hora. Vengo cuando Claudia está de turno. Ya le he dicho que el marido no la deja ni un momento.

-¿Y cómo es posible que el portero no recuerde haberte visto entrar?

Su boca se abre con una sonrisa que le llena la cara.

-Intento evitarlo. Es amigo del marido de Claudia y sería capaz de ponerla a parir delante de todos solo para complacer a su amigo. Así que es de poco fiar.

Un maleducado.

-¿Y puedo saber cómo haces para evitarlo?

-Sencillo. Espero a que se vaya a tomar café.

-¿Quieres decir que cuando entraste el portero no estaba en su puesto?

-Así es. Todos los mediodías a las cuatro y media, exactamente, se levanta, dobla el periódico, sale de la garita, la cierra con llave y va a hacerse el café al cuartito. Se va a tomar por culo cuatro minutos y medio. Cronometrados. Me bastan para entrar y desaparecer en la planta 2.

Me mira sonriente y espera que yo le diga que es un loco de remate. Y no sabe que se ha metido en un lío de remate.

No le digo ni lo uno ni lo otro. Se dará cuenta solo.

-¿Ve qué astucia?

Sí, pero habrá que ver si también los otros la entienden. Por ejemplo, los inquisitorios oficiales, los de verdad.

-¿Y para salir sin que te vea?

La sonrisa de satisfacción todavía reluce en la cara del actor. Me está convirtiendo en su cómplice.

-Es un gilipollas metódico. Como todos los gilipollas.

A las cinco y cuarto exactamente, va al baño. Todas las tardes. Yo salgo del mismo modo que he entrado, y el gilipollas no se da cuenta de nada.

-Y dejas a Claudia contenta por la visita. Pero oye, por curiosidad, donde es que... es decir, donde os metéis para...

No sé cómo explicarme: todavía tengo un mínimo sentido del pudor.

Fuera de lugar, por lo que veo de la respuesta del joven.

-¿Quieres decir que dónde follamos?

Ahora soy definitivamente su cómplice: ha pasado al "tú".

-Sí, es lo que quería decir.

Naturalmente en la cocina de la planta. Cuelgo fuera de la puerta el cartel de "Trabajo de revisión de aparatos técnicos. Prohibida la entrada". Oh, no te lo creerás, pero no hay nadie que se atreva a molestarnos. Ni siquiera vienen a llamar.

-Y el día del delito también...

La palabra "delito" destruye sus recuerdos más dulces. La cara se le oscurece y le viene la sospecha de que yo sospeche de él.

-Oh, ¿no estarás aquí para inculparme?

Bienvenido a la tierra, amigo.

-¿Yo? ¿Y por qué? Estoy aquí para saber cómo fue todo aquel maldito día. La enfermera jefe sostiene que tú estabas allí cuando ella sacó los vasos del lavavajillas. ¿Es así?

-Por Dios que es así.

-¿Y Claudia?

-Ah, bueno, Claudia... habíamos acabado ya. Entramos en la cocina, colgué el cartel fuera de la puerta, paré el lavavajillas para hacer creer que estaba trabajando, y hemos...

-Follado. Y dice haber visto a la enfermera jefe sacar los vasos del lavavajillas y ponerlos en el carrito de las medicinas.

-Así es. Como he dicho, entró pocos instantes después de que Claudia se fuera y de que yo hubiera quitado el cartel de "No molestar" de la puerta.

Si las cosas fueron como me ha contado el actor de los electrodomésticos, y no hay motivos para no creerlo, queda claro cómo fueron envenenados los cuatro desgraciados pacientes. Claro como el agua para quien, como el que suscribe, mantiene buenas relaciones con los venenos. De variada naturaleza.

No recuerdo si lo he escrito ya, pero los venenos son mi pasión. De ahí mi interés por los enfermos asesinados de la planta 2.

-Oh, yo te he contado todo, pero no vayas a decirlo por ahí, te lo ruego. Lo pagaría Claudia. Y no lo merece. Es un ángel.

-No, quédate tranquilo. No se lo diré a nadie.

Al actor le entra una duda. Solo ahora.

-Pero entonces, ¿para qué me has interrogado si después no lo vas a hablar con nadie?

A mí me entra otra duda: que me haya hablado de él y de Claudia solo para que yo lo cuente por ahí. Él quedaría muy bien.

Me persigue por la calle:

-Oh, no me metas en problemas. Yo no tengo nada que ver con los enfermos envenenados.

-¿Y quién dice que no tengas nada que ver?

-Lo digo yo. ¿Cómo quieres que no lo sepa?

No me apetece decirle que realmente no puede saberlo y que es más... Le hago un vago gesto que significa que en esta vida nadie puede estar seguro de nada. Lo dejo solo sobre la acera.

Es totalmente cierto: se sabe cómo se nace, pero no cómo se muere.

Estos cuatro desgraciados, por ejemplo. Estaban más allá que acá y no había ninguna necesidad de echar una mano en su traslado. Un poco de paciencia y en el transcurso de un par de días se habrían llevado consigo sus penas.

Y en vez de esto, nada. Se les cruza por el medio un polvo y los cuatro se van antes de lo previsto.

Me parece excesivo que un polvo lleve a consecuencias tan trágicas como cuatro envenenamientos. Incluso si el polvo es con Claudia, hermosa como un sueño, delicada como un ángel.... cabellos largos y rubios, grandes ojos soñadores.

Pero yo no tengo dudas y todo cuadra: el testimonio de la jefa de enfermeras y el del actor técnico de electrodomésticos.

El problema es que nadie pensó en dejar acabar la fase de enjuague del lavavajillas. Un enjuague, probablemente, apenas iniciado.

No lo pensó el técnico de reparaciones y no lo pensó Claudia. Comprensible: tenían otras cosas en la cabeza. Más grave aún es que no lo pensara la enfermera jefe, la cual abrió el electrodoméstico sin cerciorarse de si había terminado o no el ciclo. Lo encontró parado y eso le bastó.

Así, la azida de sodio que se encuentra en grandes cantidades en los detergentes comunes...

Creo haberlo escrito ya arriba.

Partículas de sosa cáustica quedaron pegadas a las paredes de los vasos no enjuagados, se combinaron con la sal inglesa que el enfermero vertió; el calor del estómago favoreció una reacción química habitual y he aquí cómo un inocuo purgante se transformó en un veneno mortal.

Sulfato de magnesio, o sea, sal inglesa, más sosa cáustica, más reacción química, igual a azida de sodio. E igual a envenenamiento.

¿Y quién le dice ahora al chaval que su polvo le ha costado la vida a cuatro pacientes y que eso podría llevarlo a la cárcel por un par de años?

¡Y me habla de profesionalidad!

Cuando se llama destino. Si vivimos en una época en la que un polvo lleva a consecuencias tan dramáticas, este es realmente un hermoso mundo. Realmente un hermoso mundo, joder.

Traducción de Sonia Mota Pérez